




H. P. Lovecraft

Los sueños en la
Casa de la Bruja

E LEJANDRIA



H. P. Lovecraft

Los sueños en la
Casa de la Bruja

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LOS SUEÑOS EN LA CASA DE LA BRUJA

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1933

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: WEIRD TALES, 1933

LOS SUEÑOS EN LA CASA DE LA BRUJA

Un relato de matemáticas, brujería y la Noche de Walpurgis, en el que el horror se arrastra y crece — una nueva historia del autor de «Las ratas en las paredes»

Si habían sido los sueños los que provocaron la fiebre o la fiebre la que provocó los sueños, Walter Gilman no lo sabía. Tras todo aquello acechaba el horror taciturno y gangrenoso de la antigua ciudad, y del mohoso y maldito caballete del desván donde escribía, estudiaba y se debatía con cifras y fórmulas cuando no estaba dando vueltas en la miserable cama de hierro. Sus oídos se habían vuelto sensibles hasta un grado sobrenatural e insoportable, y hacía mucho que había parado el barato reloj de la repisa, cuyo tictac le había llegado a sonar como un trueno de artillería. Por las noches, el sutil bullicio de la ciudad oscura en el exterior, el siniestro correteo de las ratas en los tabiques carcomidos y el crujido de las vigas ocultas de aquella casa centenaria bastaban para darle la sensación de una cacofonía estrepitosa. La oscuridad siempre hervía de ruidos inexplicables... y con todo, a veces se estremecía de terror ante la posibilidad de que los sonidos que escuchaba amainasen y le permitieran oír ciertos otros sonidos más tenues que sospechaba acechaban detrás de ellos.

Se encontraba en la inalterable ciudad de Arkham, acosada por leyendas, con sus tejados abuhardillados apiñados que se tambalean y hunden sobre desvanes donde las brujas se ocultaban de los hombres del rey en los oscuros y remotos años de la Provincia. Y ningún rincón de esa ciudad estaba más empapado de memoria macabra que la habitación del caballete donde él se alojaba, pues era esa casa y esa habitación las que también habían albergado a la vieja Keziah Mason, cuya fuga de la cárcel de Salem nadie pudo nunca explicar del todo. Aquello ocurrió en 1692: el carcelero había enloquecido y balbuceaba sobre una pequeña cosa peluda de colmillos blancos que salió corriendo de la celda de Keziah, y ni el propio Cotton Mather supo explicar las curvas y ángulos trazados en las grises paredes de piedra con algún fluido rojo y viscoso.

Posiblemente Gilman no debería haber estudiado tan intensamente. El cálculo no euclidiano y la física cuántica ya son suficiente para forzar cualquier mente, y cuando uno los mezcla con el folclore e intenta rastrear un trasfondo extraño de realidad multidimensional detrás de las insinuaciones morbosas de los relatos góticos y los salvajes susurros junto a la chimenea, difícilmente puede esperarse quedar del todo libre de tensión mental. Gilman era de Haverhill, pero solo después de ingresar en la universidad de Arkham empezó a relacionar sus matemáticas con las fantásticas leyendas de la magia antigua. Algo en el aire de la vetusta ciudad actuaba de manera oscura sobre su imaginación. Los profesores de Miskatonic le habían instado a aflojarse y habían reducido voluntariamente su carga lectiva en varios puntos. Además, le habían impedido consultar los dudosos libros antiguos sobre secretos prohibidos que se guardaban bajo llave en una cámara de la biblioteca universitaria. Pero todas esas precauciones llegaron tarde, de modo que Gilman ya había obtenido algunas indicaciones terribles del temido Necronomicón de Abdul Alhazred, del fragmentario Libro de Eibon y del suprimido Unaussprechlichen Kulten de von Junzt para correlarlas con sus fórmulas abstractas sobre las propiedades del espacio y la vinculación de dimensiones conocidas y desconocidas.

Sabía que su habitación estaba en la antigua Casa de la Bruja; precisamente por eso la había alquilado. En los registros del condado de Essex había mucho sobre el juicio de Keziah Mason, y lo que ella había admitido bajo presión ante el Tribunal de Oyer y Terminer había fascinado a Gilman más allá de toda razón. Ella había contado al juez Hathorne las líneas y curvas que podían trazarse para señalar direcciones que conducían a través de los muros del espacio hacia otros espacios más allá, e insinuó que tales líneas y curvas se empleaban con frecuencia en ciertas reuniones de medianoche en el oscuro valle de la piedra blanca más allá de Meadow Hill y en la isla despoblada del río. También había hablado del Hombre Negro, de su juramento y de su nuevo nombre secreto, Nahab. Después había dibujado esos trazados en las paredes de su celda y había desaparecido.

Gilman creía cosas extrañas sobre Keziah, y había sentido un estremecimiento peculiar al saber que su vivienda seguía en pie tras más de doscientos treinta y cinco años. Cuando escuchó los susurros amortiguados de Arkham sobre la presencia persistente de Keziah en la vieja casa y en las calles angostas, sobre las marcas irregulares de dientes humanos dejadas en ciertos durmientes de esa y otras casas, sobre los llantos infantiles oídos cerca de la Víspera de Mayo y la Festividad de Todos los Santos, sobre el hedor que solía notarse en el desván de la vieja casa justo después de esas temporadas temidas, y sobre la pequeña cosa peluda de dientes afilados que merodeaba por la decrepita estructura y la ciudad, y que hozaba en las personas con curiosidad en las horas negras antes del amanecer, resolvió vivir en aquel lugar a cualquier precio. Conseguir una habitación era fácil, pues la casa era impopular, difícil de alquilar y hacía tiempo que se había cedido a alojamientos baratos. Gilman no habría sabido decir qué esperaba encontrar allí, pero sabía que quería estar en el edificio donde alguna circunstancia había otorgado de modo más o menos repentino a una vulgar anciana del siglo XVII una visión de profundidades matemáticas que quizás superaban los más extremos sondeos modernos de Planck, Heisenberg, Einstein y de Sitter.

Examinó las paredes de madera y yeso en busca de vestigios de diseños crípticos en todo lugar accesible donde el papel se había despegado, y al cabo de una semana logró hacerse con la habitación del desván oriental donde se decía que Keziah había practicado sus conjuros. Había estado desocupada desde el principio, pues nadie había querido quedarse en ella mucho tiempo, pero el propietario polaco se había vuelto reticente a alquilarla. Con todo, no le ocurrió absolutamente nada a Gilman hasta aproximadamente la época de la fiebre. Ninguna espectral Keziah revoloteaba por los lúgubres pasillos y aposentos, ninguna cosa pequeña y peluda se arrastraba hasta su tétrico nido para hozar en él, y ningún registro de los encantamientos de la bruja recompensó su búsqueda constante. A veces daba paseos por enmarañados laberintos de callejuelas sin pavimentar y con olor a humedad, donde extrañas casas pardas de edad desconocida se inclinaban, tambaleaban y miraban con burla a través de ventanas angostas y emplomadas. Allí sabía que en otro tiempo habían ocurrido cosas extrañas, y había una vaga sugestión bajo la superficie de que todo aquello de ese pasado monstruoso quizás no había perecido del todo, al menos en los callejones más oscuros, más angostos y más intrincadamente tortuosos. También remó dos veces hasta la isla de mala fama del río e hizo un boceto de los ángulos singulares descritos por las hileras de piedras verticales grises cubiertas de musgo, cuyo origen era tan oscuro e inmemorial.

La habitación de Gilman era de buen tamaño pero de forma extrañamente irregular: la pared norte se inclinaba perceptiblemente hacia dentro desde el extremo exterior al interior, mientras que el bajo techo se sesgaba suavemente hacia abajo en la misma dirección. Aparte de un evidente agujero de rata y señales de otros taponados, no había acceso alguno ni apariencia de que hubiera habido antes ninguna vía de acceso al espacio que debía de existir entre la pared inclinada y la pared exterior recta del lado norte de la casa, aunque una vista desde el exterior mostraba dónde una ventana había sido tapiada en una época muy remota. El desván por encima del techo, que debía de tener el suelo inclinado, era

igualmente inaccesible. Cuando Gilman subió por una escalera al desván cubierto de telarañas, situado a un nivel superior al resto del ático, encontró vestigios de una antigua abertura tapada con fuerza y solidez mediante tablas viejas y asegurada con los robustos clavijas de madera propias de la carpintería colonial. Por mucho que insistiera, sin embargo, no había manera de convencer al terco propietario de que le dejara investigar ninguno de esos dos espacios cerrados.

Con el paso del tiempo, su obsesión con la pared y el techo irregulares de su cuarto fue en aumento, pues empezó a leer en los ángulos extraños una significación matemática que parecía ofrecer vagas pistas sobre su propósito. La vieja Keziah, reflexionó, pudo tener excelentes razones para vivir en una habitación con ángulos peculiares; porque ¿no era a través de ciertos ángulos como ella afirmaba haber salido fuera de los límites del mundo del espacio que conocemos? Su interés se fue alejando gradualmente de los abismos insondados al otro lado de las superficies inclinadas, puesto que ahora parecía que el propósito de esas superficies tenía que ver con el lado en que él se encontraba.

El toque de fiebre cerebral y los sueños comenzaron a principios de febrero. Al parecer, los extraños ángulos de la habitación de Gilman habían estado ejerciendo sobre él un efecto raro, casi hipnótico desde hacía algún tiempo, y a medida que avanzaba el crudo invierno se había encontrado mirando cada vez con más fijeza el rincón donde el techo descendente se encontraba con la pared que se inclinaba hacia dentro. Por aquellas fechas le preocupaba bastante su incapacidad para concentrarse en sus estudios formales, y sus aprensiones por los exámenes de mediados de curso eran muy agudas. Pero la exagerada sensibilidad auditiva no resultaba menos molesta. La vida se había convertido en una cacofonía insistente y casi insoportable, y estaba esa impresión constante y aterradora de otros sonidos, quizás de regiones más allá de la vida, temblando en el mismo umbral de lo audible. Por lo que respecta a los ruidos concretos, las ratas en los tabiques viejos eran lo peor. A veces su rasqueteo no solo parecía furtivo sino deliberado. Cuando provenía

del otro lado de la pared norte inclinada iba mezclado con una especie de traqueteo seco, y cuando venía del desván cerrado hacía un sigilo situado sobre el techo inclinado, Gilman se tensaba siempre como si esperara algún horror que solo aguardaba el momento propicio antes de descender para engullirle por completo.

Los sueños estaban completamente más allá de todo límite de cordura, y Gilman sentía que debían ser fruto, conjuntamente, de sus estudios en matemáticas y folclore. Había estado pensando demasiado en las vagas regiones que sus fórmulas le indicaban que debían de existir más allá de las tres dimensiones que conocemos, y en la posibilidad de que la vieja Keziah Mason, guiada por alguna influencia que escapaba a toda conjetura, hubiera encontrado realmente la puerta hacia esas regiones. Los amarillentos registros rurales que contenían su testimonio y el de sus acusadores eran maldita mente sugestivos de cosas más allá de la experiencia humana, y las descripciones del pequeño objeto peludo y veloz que actuaba como su familiar eran dolorosamente realistas pese a sus increíbles detalles.

Ese objeto, no mayor que una buena rata y al que los lugareños llamaban con pintoresco nombre «Brown Jenkin», parecía haber sido el fruto de un notable caso de delirio colectivo por simpatía, pues en 1692 no menos de once personas habían declarado haberlo entrevisto. Había también rumores recientes, con una cantidad desconcertante y perturbadora de coincidencias. Los testigos decían que tenía pelo largo y la forma de una rata, pero que su cara de dientes afilados y con barba era malévolamente humana, mientras que sus patas eran como pequeñas manos humanas. Llevaba mensajes entre la vieja Keziah y el diablo, y era amamantado con la sangre de la bruja, que chupaba como un vampiro. Su voz era una especie de risita repugnante, y podía hablar todos los idiomas. De todas las monstruosidades bizarras en los sueños de Gilman, nada le llenaba de mayor pánico y náusea que ese blasfemo y diminuto híbrido, cuya imagen cruzaba su visión en una forma mil veces más odiosa que cualquier cosa que su mente despierta hubiera deducido de los registros antiguos y los susurros modernos.

Los sueños de Gilman consistían en gran medida en caídas a través de abismos ilimitados de crepúsculo de colores inexplicables y sonidos desordenados de manera desconcertante; abismos cuyas propiedades materiales y gravitacionales, y cuya relación con su propia entidad, no podía ni empezar a explicar. No andaba ni trepaba, volaba ni nadaba, se arrastraba ni se retorció; y con todo experimentaba siempre un modo de movimiento en parte voluntario y en parte involuntario. De su propia condición no podía juzgar bien, pues la visión de sus brazos, piernas y torso parecía siempre cortada por algún extraño desajuste de perspectiva; pero sentía que su organización y sus facultades físicas estaban de algún modo maravillosamente transmutadas y proyectadas oblicuamente, aunque no sin cierta relación grotesca con sus proporciones y propiedades normales.

Los abismos no estaban en modo alguno vacíos, sino llenos de masas anguladas indescriptiblemente de sustancia de colores ajenos, algunas de las cuales parecían orgánicas mientras otras parecían inorgánicas. Unos pocos de los objetos orgánicos tendían a despertar vagos recuerdos en el fondo de su mente, aunque no lograba formarse ninguna idea consciente de qué imitaban o sugerían burlescamente. En los sueños posteriores empezó a distinguir categorías separadas en que parecían dividirse los objetos orgánicos, y que parecían implicar en cada caso una especie radicalmente diferente de patrón de conducta y motivación básica. De estas categorías, una le parecía incluir objetos ligeramente menos ilógicos e irrelevantes en sus movimientos que los miembros de las otras categorías.

Todos los objetos, orgánicos e inorgánicos por igual, estaban completamente más allá de toda descripción o incluso comprensión. Gilman comparaba a veces la materia inorgánica con prismas, laberintos, racimos de cubos y planos, y construcciones ciclópeas; y las cosas orgánicas le evocaban de distintas maneras grupos de burbujas, pulpos, ciempiés, ídolos hindúes vivientes y arabescos intrincados animados con una especie de movimiento ofídico. Todo lo que veía era indeciblemente amenazador y horrible, y siempre que

una de las entidades orgánicas parecía por sus movimientos percatarse de él, sentía un terror abyecto y espantoso que en general le arrancaba del sueño. De cómo se movían las entidades orgánicas, no podía decir más que de cómo se movía él mismo. Con el tiempo observó un misterio adicional: la tendencia de ciertas entidades a aparecer de pronto de la nada, o a desaparecer del todo con igual brusquedad. La confusión de gritos y rugidos que impregnaba los abismos no admitía ningún análisis en cuanto a tono, timbre o ritmo, pero parecía estar sincronizada con vagos cambios visuales en todos los objetos indefinidos, orgánicos e inorgánicos por igual. Gilman tenía una sensación constante de espanto ante la posibilidad de que alcanzara algún grado insoportable de intensidad durante una u otra de sus oscuras e implacablemente inevitables fluctuaciones.

Pero no era en esos vórtices de enajenación completa donde veía a Brown Jenkin. Ese pequeño horror espantoso estaba reservado para ciertos sueños más claros y agudos que le asaltaban justo antes de sumirse en las profundidades totales del sueño. Yacía en la oscuridad luchando por mantenerse despierto cuando un tenue resplandor lívido parecía centellear por la centenaria habitación, mostrando en una bruma violácea la convergencia de planos angulados que se había apoderado de su cerebro tan insidiosamente. El horror parecía salir disparado del agujero de rata en el rincón y avanzar hacia él sobre el suelo hundido y de tablas anchas con una expectación maléfica en su pequeña cara humana barbuda; pero, misericordiosamente, este sueño siempre se disolvía antes de que el objeto se acercase lo suficiente para hozarle. Tenía unos dientes caninos largos, afilados y de una maldad infernal. Gilman intentaba tapar el agujero de rata cada día, pero cada noche los verdaderos inquilinos de los tabiques roían cualquier obstáculo que hubiera. En una ocasión hizo que el propietario clavara una lámina de hojalata encima, pero a la noche siguiente las ratas roían un agujero nuevo y, al hacerlo, empujaron o arrastraron hacia el interior de la habitación un curioso fragmentito de hueso.

Gilman no comunicó la fiebre al médico, pues sabía que no podría pasar los exámenes si le ordenaban ingresar en la enfermería de la universidad cuando cada momento era necesario para estudiar. Tal como estaban las cosas, suspendió Cálculo D y Psicología General Avanzada, aunque no sin esperanza de recuperar el terreno perdido antes de acabar el trimestre.

Fue en marzo cuando el nuevo elemento entró en su fase preliminar de ensueño más ligero, y la forma de pesadilla de Brown Jenkin empezó a estar acompañada por la nebulosa mancha que fue pareciéndose cada vez más a una anciana encorvada. Esta adición le perturbó más de lo que habría sabido explicar, pero al fin decidió que se parecía a una vieja carcamal a la que había encontrado en dos ocasiones reales en el laberinto oscuro de callejuelas junto a los muelles abandonados. En esas ocasiones, la mirada maléfica, sardónica y aparentemente inmotivada de la anciana le había dejado casi temblando, especialmente la primera vez, cuando una rata grande que cruzó veloz la boca ensombrecida de un callejón vecino le hizo pensar irracionalmente en Brown Jenkin. Ahora, reflexionó, esos miedos nerviosos se estaban reflejando en sus sueños desordenados. Que la influencia de la vieja casa era malsana, no podía negarlo, pero los vestigios de su temprano interés morboso le retenían allí. Se decía que solo la fiebre era responsable de sus fantasías nocturnas, y que cuando el toque remitiera quedaría libre de las visiones monstruosas. Esas visiones, sin embargo, eran de una viveza y convicción absorbentes, y siempre que se despertaba conservaba una vaga sensación de haber experimentado mucho más de lo que recordaba. Estaba horriblemente seguro de que en sueños no recordados había hablado tanto con Brown Jenkin como con la anciana, y de que ambos le habían estado urgiendo a ir a algún lugar con ellos y a conocer a un tercer ser de mayor potencia.

Hacia finales de marzo empezó a progresar en sus matemáticas, aunque los demás estudios le preocupaban cada vez más. Tenía una habilidad intuitiva para resolver ecuaciones riemannianas, y asombró al profesor Upham con su comprensión de los problemas de la cuarta dimensión y otros que habían dejado perplejos al resto de la

clase. Una tarde hubo una discusión sobre posibles curvaturas caprichosas en el espacio, y sobre puntos teóricos de aproximación o incluso contacto entre nuestra parte del cosmos y varias otras regiones tan distantes como las estrellas más lejanas o los propios golfos transgalácticos, o incluso tan fabulosamente remotas como las unidades cósmicas tentativamente concebibles más allá de todo el continuum espacio-temporal einsteiniano. El tratamiento de ese tema por parte de Gilman llenó de admiración a todos, aunque algunas de sus ilustraciones hipotéticas causaron un aumento en los ya abundantes rumores sobre su excéntrica nerviosidad y su carácter solitario. Lo que hacía que los estudiantes menearan la cabeza era su teoría, sostenida con toda seriedad, de que un hombre podría, dado un conocimiento matemático reconocidamente más allá de toda probabilidad de adquisición humana, dar un paso deliberado desde la Tierra hasta cualquier otro cuerpo celeste que pudiera hallarse en uno de los infinitos puntos específicos del patrón cósmico.

Tal paso, decía, requeriría solo dos etapas: en primer lugar, un paso fuera de la esfera tridimensional que conocemos, y en segundo lugar, un paso de regreso a la esfera tridimensional en otro punto, quizás uno de una lejanía infinita. Que esto pudiera llevarse a cabo sin pérdida de vida era concebible en muchos casos. Cualquier ser de cualquier parte del espacio tridimensional podría probablemente sobrevivir en la cuarta dimensión, y su supervivencia en la segunda etapa dependería del punto ajeno del espacio tridimensional que eligiera para su reentrada. Los habitantes de algunos planetas podrían ser capaces de vivir en ciertos otros, incluso en planetas pertenecientes a otras galaxias o a fases dimensionales similares de otros continuos espacio-temporales, aunque por supuesto debería haber vastas cantidades de cuerpos o zonas del espacio mutuamente inhabitables aunque matemáticamente yuxtapuestos.

También era posible que los habitantes de un determinado plano dimensional pudieran sobrevivir a la entrada en muchos reinos desconocidos e incomprensibles de dimensiones adicionales o indefinidamente multiplicadas, ya fueran interiores o exteriores al

continuum espacio-temporal dado, y que lo contrario fuera igualmente cierto. Esto era materia de especulación, aunque se podía tener bastante certeza de que el tipo de mutación implicado en el paso de cualquier plano dimensional dado al inmediatamente superior no sería destructivo de la integridad biológica tal como la entendemos. Gilman no podía ser muy claro en cuanto a sus razones para esta última suposición, pero su vaguedad aquí quedaba más que compensada por su claridad en otros puntos complejos. Al profesor Upham le gustaba especialmente su demostración del parentesco de las matemáticas superiores con ciertas fases del saber mágico transmitido a lo largo de los siglos desde una antigüedad inefable, humana o prehumana, cuyo conocimiento del cosmos y sus leyes era mayor que el nuestro.

Hacia el 1 de abril Gilman se preocupó considerablemente porque su lenta fiebre no remitía. También le inquietaba lo que algunos de sus compañeros de alojamiento decían sobre su sonambulismo. Al parecer, con frecuencia no estaba en su cama y el chirrido de su suelo a ciertas horas de la noche era comentado por el hombre de la habitación de abajo. Ese individuo también hablaba de oír el paso de pies calzados durante la noche, pero Gilman estaba seguro de que debía de haberse equivocado en eso, ya que los zapatos y demás prendas de vestir siempre estaban exactamente en su sitio por la mañana. En esa vieja casa morbosa podían desarrollarse todo tipo de delirios auditivos, pues ¿no sentía el propio Gilman, incluso a plena luz del día, que ruidos distintos del rasqueteo de las ratas llegaban de los negros vacíos al otro lado de la pared inclinada y sobre el techo inclinado? Sus orejas patológicamente sensibles empezaron a escuchar tenues pisadas en el desván herméticamente sellado desde tiempos inmemoriales, situado en el piso de arriba, y a veces la ilusión de tales cosas era agónicamente realista.

Sin embargo, sabía que se había convertido de hecho en sonámbulo, pues en dos ocasiones nocturnas su habitación había aparecido vacía, aunque con toda su ropa en su lugar. De ello le había informado Frank Elwood, el único compañero de estudios cuya precaria situación económica le obligaba a alojarse en esa sórdida e

impopular casa. Elwood había estado estudiando a altas horas de la noche y había subido a pedir ayuda con una ecuación diferencial, solo para encontrar a Gilman ausente. Había sido un tanto osado de su parte abrir la puerta sin llave después de que los llamados no obtuvieran respuesta, pero necesitaba la ayuda con urgencia y pensó que su anfitrión no tendría inconveniente en que le despertara suavemente. Pero en ninguna de las dos ocasiones había estado Gilman allí, y cuando se le habló del asunto se preguntó adónde habría podido andar, descalzo y con solo el pijama. Resolvió investigar el asunto si los informes de su sonambulismo continuaban, y pensó en esparcir harina en el suelo del pasillo para ver adónde podían conducir sus huellas. La puerta era la única salida concebible, pues no había ningún punto de apoyo posible fuera de la estrecha ventana.

Al avanzar abril, los oídos aguzados por la fiebre de Gilman se veían perturbados por los rezos gimoteantes de un supersticioso reparador de telares llamado Joe Mazurewicz, que tenía una habitación en la planta baja. Mazurewicz había contado largas historias farragosas sobre el fantasma de la vieja Keziah y la cosa peluda de colmillos afilados que hozaba, y había dicho que a veces estaba tan acosado por los espíritus que solo su crucifijo de plata, que le había dado para ese fin el padre Iwanicki de la iglesia de San Estanislao, podía aliviarle. Ahora rezaba porque el Sabbat de las Brujas se aproximaba. La Víspera de Mayo era la Noche de Walpurgis, cuando el mal más negro del infierno vagaba por la Tierra y todos los esclavos de Satanás se reunían para ritos y actos innombrables. Era siempre un momento muy malo en Arkham, aunque las buenas gentes de Miskatonic Avenue y de las calles High y Saltonstall fingían no saber nada de ello. Habría malos asuntos, y lo más probable era que faltara uno o dos niños. Joe sabía de esas cosas, pues su abuela en el viejo país había escuchado historias de su propia abuela. Era prudente rezar y contar las cuentas del rosario en esa época. Durante tres meses Keziah y Brown Jenkin no habían estado cerca de la habitación de Joe, ni de la de Paul Choynski, ni en

ningún otro sitio, y no era buena señal que se mantuvieran alejados así. Debían de estar tramando algo.

Gilman pasó por el consultorio del médico el día dieciséis del mes y se sorprendió de que su temperatura no fuera tan alta como había temido. El médico le interrogó con rigor y le aconsejó que viera a un especialista en nervios. Reflexionando sobre ello, se alegró de no haber consultado al médico de la universidad, aún más entrometido. El viejo Waldron, que ya había recortado antes sus actividades, le habría mandado descansar, algo imposible ahora que estaba tan cerca de grandes resultados en sus ecuaciones. Estaba sin duda cerca de la frontera entre el universo conocido y la cuarta dimensión, ¿y quién podía decir hasta dónde podría llegar?

Pero incluso mientras esos pensamientos le asaltaban se preguntaba de dónde provenía su extraña seguridad. ¿Venía toda esa peligrosa sensación de inminencia de las fórmulas de las hojas que cubría día a día? Las suaves, furtivas e imaginarias pisadas en el desván sellado que había arriba eran desquiciadoras. Y ahora, además, había una sensación creciente de que alguien le estaba persuadiendo constantemente de hacer algo terrible que no podía hacer. ¿Qué había del sonambulismo? ¿Adónde iba a veces durante la noche? ¿Y cuál era esa tenue sugerencia de sonido que de vez en cuando parecía filtrarse a través de la confusión de sonidos identificables, incluso a plena luz del día y en plena vigilia? Su ritmo no correspondía a nada en la Tierra, salvo quizás a la cadencia de uno o dos cantos del Sabbath innombrables, y a veces temía que correspondiera a ciertos atributos del vago grito o rugido en esos abismos de sueño completamente ajenos.

Los sueños iban adquiriendo entre tanto un carácter atroz. En la fase preliminar más ligera, la malvada anciana era ahora de una nitidez feroz, y Gilman supo que era la que le había aterrado en los barrios bajos. Su espalda encorvada, su nariz larga y su barbilla arrugada eran inconfundibles, y sus informes ropajes pardos eran como los que recordaba. La expresión de su cara era de una malevolencia e hilaridad horribles, y cuando despertaba recordaba

una voz graznante que persuadía y amenazaba. Debía encontrarse con el Hombre Negro e irse con ellos todos al trono de Azathoth en el centro del caos último. Eso era lo que decía. Debía firmar el libro de Azathoth con su propia sangre y tomar un nuevo nombre secreto ahora que sus investigaciones independientes habían llegado tan lejos. Lo que le impedía irse con ella y con Brown Jenkin y el otro hacia el trono del Caos donde las flautas delgadas tocan sin ton ni son era el hecho de que había visto el nombre «Azathoth» en el Necronomicón y sabía que representaba un mal primordial demasiado horrible para describirlo.

La anciana siempre aparecía de la nada cerca del rincón donde el declive hacia abajo se encontraba con el declive hacia dentro. Parecía cristalizarse en un punto más cerca del techo que del suelo, y cada noche estaba un poco más cerca y era un poco más nítida antes de que el sueño cambiara. Brown Jenkin también estaba siempre un poco más cerca al final, y sus colmillos amarillentos brillaban de modo chocante en esa fósforo violáceo sobrenatural. Su aborrecible risita aguda se clavaba cada vez más en la cabeza de Gilman, y por las mañanas podía recordar cómo había pronunciado las palabras «Azathoth» y «Nyarlathotep».

En los sueños más profundos todo era igualmente más nítido, y Gilman sentía que los abismos crepusculares a su alrededor eran los de la cuarta dimensión. Esas entidades orgánicas cuyos movimientos parecían menos flagrantemente irrelevantes e inmotivados eran probablemente proyecciones de formas de vida de nuestro propio planeta, incluidos seres humanos. Lo que eran las otras en su propia esfera o esferas dimensionales, no se atrevía a intentar imaginarlo. Dos de las cosas de movimiento menos irrelevante, un racimo bastante grande de burbujas esferoidal-prolatas iridiscentes y un poliedro mucho más pequeño de colores desconocidos y ángulos de superficie que cambiaban rápidamente, parecían fijarse en él y seguirle o flotar delante a medida que cambiaba de posición entre los titanescos prismas, laberintos, racimos de cubos y planos y cuasi-edificios, y todo el tiempo los vagos gritos y rugidos aumentaban de

volumen, como si se aproximaran a algún clímax monstruoso de una intensidad completamente insoportable.

Durante la noche del 19 al 20 de abril se produjo el nuevo desarrollo. Gilman se movía a medias involuntariamente por los abismos crepusculares con el racimo de burbujas y el pequeño poliedro flotando delante cuando advirtió los ángulos peculiarmente regulares formados por las aristas de algunos gigantescos racimos de prismas vecinos. Un segundo después había salido del abismo y se encontraba de pie, tembloroso, en una ladera rocosa bañada en una luz verde intensa y difusa. Iba descalzo y en pijama, y al intentar caminar descubrió que apenas podía levantar los pies. Un vapor arremolinado ocultaba todo excepto el terreno inclinado inmediato, y se estremecía ante el pensamiento de los sonidos que podían surgir de ese vapor.

Entonces vio las dos formas que se arrastraban trabajosamente hacia él: la anciana y la pequeña cosa peluda. La vieja carcamal se incorporó hasta quedar de rodillas y logró cruzar los brazos de una manera singular, mientras Brown Jenkin señalaba en una determinada dirección con una pata delantera horriblemente antropoide que levantó con evidente esfuerzo. Espoleado por un impulso que no había originado él, Gilman se arrastró hacia delante siguiendo un rumbo determinado por el ángulo de los brazos de la anciana y la dirección de la pata de la pequeña monstruosidad, y antes de haber dado tres pasos estaba de vuelta en los abismos crepusculares. Las formas geométricas bullían a su alrededor y cayó mareado e interminablemente. Al fin se despertó en su cama en el desván de ángulos disparatados de la vieja y tenebrosa casa.

No servía para nada esa mañana y faltó a todas sus clases. Una atracción desconocida tiraba de sus ojos en una dirección aparentemente sin sentido, pues no podía evitar mirar un determinado punto vacío del suelo. A medida que avanzó el día, el foco de sus ojos sin ver fue cambiando de posición, y al mediodía había vencido el impulso de mirar al vacío. Hacia las dos fue a comer y mientras seguía las angostas calles de la ciudad se encontró

girando siempre hacia el sureste. Solo un esfuerzo le detuvo en una cafetería de Church Street, y después de la comida notó que la atracción desconocida era aún más fuerte.

Tendría que consultar a un especialista en nervios de todas formas—quizás había alguna relación con su sonambulismo—, pero entre tanto podría al menos intentar romper él mismo el morboso hechizo. Sin duda podía todavía conseguir alejarse caminando de la atracción, así que con gran determinación se orientó contra ella y deliberadamente se arrastró hacia el norte por Garrison Street. Para cuando llegó al puente sobre el Miskatonic tenía la ropa empapada de sudor frío, y se aferró a la barandilla de hierro mientras contemplaba río arriba la isla de mala fama cuyas regulares hileras de piedras verticales antiguas rumiaban sombríamente a la luz del sol de la tarde.

En ese momento se sobresaltó. Pues había una figura viva claramente visible en esa isla desolada, y una segunda mirada le dijo que era sin duda la extraña anciana cuyo aspecto siniestro se había incrustado de modo tan desastroso en sus sueños. La hierba alta cerca de ella también se movía, como si alguna otra cosa viva se arrastrara cerca del suelo. Cuando la anciana empezó a girarse hacia él, huyó a toda prisa del puente y se refugió en los laberínticos callejones del frente marítimo de la ciudad. Por muy lejos que estuviera la isla, sentía que una maldad monstruosa e invencible podía fluir de la mirada sardónica de esa figura encorvada y antigua vestida de pardo.

La atracción hacia el sureste seguía presente, y solo con una resolución tremenda logró Gilman arrastrarse hasta la vieja casa y subir la tambaleante escalera. Estuvo durante horas sentado en silencio y sin hacer nada, con los ojos desplazándose gradualmente hacia el oeste. Hacia las seis, sus aguzados oídos captaron los rezos gimoteantes de Joe Mazurewicz dos pisos más abajo, y en un arrebató de desesperación agarró el sombrero y salió a las calles doradas por el sol poniente, dejando que la atracción, ahora directamente hacia el sur, le llevara adonde quisiera. Una hora

después la oscuridad le encontró en los campos abiertos más allá del arroyo del Ahorcado, con las titilantes estrellas primaverales brillando ante él. El impulso de caminar se iba convirtiendo gradualmente en un impulso de saltar místicamente al espacio, y de pronto comprendió exactamente dónde se hallaba la fuente de la atracción.

Estaba en el cielo. Un punto determinado entre las estrellas tenía una reclamación sobre él y le llamaba. Al parecer era un punto en algún lugar entre Hydra y Argo Navis, y supo que había sido atraído hacia él desde que se había despertado poco después del alba. Por la mañana había estado bajo sus pies, y ahora estaba más o menos al sur, pero deslizándose hacia el oeste. ¿Qué significaba esta nueva cosa? ¿Estaba enloqueciendo? ¿Cuánto duraría? Reuniendo de nuevo su resolución, Gilman se volvió y se arrastró de regreso a la siniestra casa antigua.

Mazurewicz le esperaba en la puerta y parecía al mismo tiempo ansioso y reticente a susurrarle alguna nueva pieza de superstición. Era sobre la luz de bruja. Joe había estado de celebración la noche anterior, que era el Día de los Patriotas en Massachusetts, y había llegado a casa después de medianoche. Al mirar hacia la casa desde fuera, había pensado al principio que la ventana de Gilman estaba oscura, pero entonces había visto el tenue resplandor violáceo dentro. Quería advertir al señor de ese resplandor, pues todo el mundo en Arkham sabía que era la luz de bruja de Keziah, que aparecía cerca de Brown Jenkin y del fantasma de la vieja carcamal. No lo había mencionado antes, pero ahora debía hablar de ello porque significaba que Keziah y su familiar de dientes largos estaban acechando al joven señor. A veces él y Paul Choynski y el propietario Dombrowski creían ver esa luz filtrándose por las grietas del desván sellado sobre la habitación del joven señor, pero todos habían acordado no hablar de eso. Sin embargo, sería mejor que el señor tomara otra habitación y consiguiera un crucifijo de algún buen cura como el padre Iwanicki.

Mientras el hombre divagaba, Gilman sintió un pánico sin nombre que le agarraba la garganta. Sabía que Joe debía de haber estado medio borracho cuando llegó a casa la noche anterior; y con todo, la mención de una luz violácea en la ventana del desván era de una importancia aterradora. Era un resplandor lívido de ese tipo el que siempre rodeaba a la anciana y a la pequeña cosa peluda en esos sueños más claros y agudos que precedían su caída a abismos desconocidos, y la idea de que una segunda persona en vigilia pudiera ver la luminiscencia del sueño estaba por completo más allá de lo que una mente cuerda podía albergar. Sin embargo, ¿de dónde había sacado el hombre semejante idea extraña? ¿Había hablado además de caminar por la casa en sueños? No, dijo Joe, no lo había hecho, pero tenía que comprobarlo. Quizás Frank Elwood pudiera decirle algo, aunque le repugnaba preguntar.

¡Fiebre... sueños salvajes... sonambulismo... ilusiones de sonidos... una atracción hacia un punto del cielo... y ahora una sospecha de que hablaba dormido como un loco! Tenía que dejar de estudiar, ver a un especialista en nervios y dominarse a sí mismo. Cuando subió al segundo piso se detuvo en la puerta de Elwood pero vio que el otro joven había salido. A su pesar continuó hasta su habitación del desván y se sentó en la oscuridad. Su mirada seguía siendo atraída hacia el sur, pero también se encontró escuchando con atención algún sonido en el desván cerrado que había arriba, imaginando a medias que una maléfica luz violácea se filtraba por una grieta infinitesimal en el bajo techo inclinado.

Aquella noche, mientras Gilman dormía, la luz violácea irrumpió sobre él con una intensidad aumentada, y la vieja bruja y la pequeña cosa peluda, acercándose más que nunca antes, se mofaban de él con chillidos inhumanos y gestos diabólicos. Se alegró de hundirse en los abismos crepusculares vagamente rugientes, aunque la persecución de ese racimo de burbujas iridiscente y ese pequeño poliedro caleidoscópico era amenazadora e irritante. Luego llegó el cambio cuando vastos planos convergentes de una sustancia de aspecto resbaladizo emergieron encima y debajo de él, un cambio que terminó en un destello de delirio y un resplandor de luz

desconocida y ajena en que el amarillo, el carmín y el añil se mezclaban de forma enloquecida e inextricable.

Estaba medio tumbado en una terraza de fantástica balaustrada muy elevada sobre una jungla sin límites de picos extravagantes e increíbles, planos equilibrados, cúpulas, minaretes, discos horizontales posados sobre pináculos, y formas numerosas de una extravagancia aún mayor, algunas de piedra y otras de metal, que brillaban espléndidamente al mezclado y casi abrasador resplandor de un cielo policromo. Mirando hacia arriba vio tres discos de fuego estupendos, cada uno de un color diferente, a distintas alturas sobre un horizonte curvo de montañas bajas infinitamente lejano. Detrás de él, terrazas en escalones se alzaban en lo alto hasta donde alcanzaba la vista. La ciudad de abajo se extendía hasta los límites de la visión, y esperaba que no surgiera ningún sonido de ella.

El pavimento del que se incorporó sin dificultad era una piedra pulida y venada más allá de su capacidad para identificarla, y los baldosines tenían formas de ángulos bizarros que le parecían no tanto asimétricas como basadas en una simetría sobrenatural cuyas leyes no podía comprender. La balaustrada le llegaba al pecho, era delicada y de una elaboración fantástica, y a lo largo de la barandilla había a cortos intervalos pequeñas figuras de diseño grotesco y factura exquisita. Estas, como toda la balaustrada, parecían estar hechas de algún tipo de metal brillante cuyo color no podía adivinarse en el caos de efulgencias mezcladas, y su naturaleza desafiaba por completo toda conjetura. Representaban unos objetos acanalados en forma de barril con delgados brazos horizontales que irradiaban en forma de radios desde un anillo central, y con nudos o bulbos verticales que sobresalían de la cabeza y la base del barril. Cada uno de esos nudos era el eje de un sistema de cinco brazos largos, planos y de forma triangular convergente, dispuestos a su alrededor como los brazos de una estrella de mar, casi horizontales pero ligeramente curvados en sentido contrario al barril central. La base del nudo inferior estaba fusionada a la larga barandilla con un punto de contacto tan delicado que varias figuras se habían roto y faltaban. Las figuras medían unos once centímetros de altura,

mientras que los brazos con pinchos les daban un diámetro máximo de unos seis centímetros.

Cuando Gilman se puso en pie, los baldosines quemaban en sus pies descalzos. Estaba completamente solo, y su primer acto fue ir a la balaustrada y mirar con vértigo hacia abajo, a la interminable ciudad ciclópea a casi seiscientos metros por debajo. Al escuchar, le pareció que subía de las angostas calles del fondo una confusión rítmica de tenues trinos musicales que cubrían una amplia gama tonal, y deseó poder distinguir a los habitantes del lugar. El espectáculo le mareó al cabo de un rato, de modo que habría caído al pavimento de no haber agarrado instintivamente la lustrosa balaustrada. La mano derecha cayó en una de las figuras salientes, cuyo tacto pareció estabilizarle ligeramente. Fue sin embargo demasiado para la exótica delicadeza del trabajo en metal, y la figura con pinchos se rompió bajo su apretón. Todavía medio aturdido, continuó aferrándola mientras la otra mano se apoderaba de un espacio libre en la barandilla lisa.

Pero ahora sus demasiado sensibles oídos captaron algo detrás de él, y miró hacia atrás cruzando el nivel de la terraza. Aproximándose a él con suavidad aunque sin aparente disimulo venían cinco figuras, dos de las cuales eran la siniestra anciana y el pequeño animal peludo de colmillos. Las otras tres fueron lo que le dejó inconsciente, pues eran entidades vivas de unos dos metros y medio de altura, con la forma exacta de las imágenes con pinchos de la balaustrada, y que se propulsaban mediante un retorcimiento a modo de araña de su conjunto inferior de brazos en forma de estrella de mar.

Gilman se despertó en su cama, empapado en sudor frío y con una sensación de escozor en la cara, las manos y los pies. Dando un salto al suelo, se lavó y vistió con frenética precipitación, como si fuera necesario salir de la casa lo antes posible. No sabía adónde quería ir, pero sentía que una vez más tendría que sacrificar sus clases. La extraña atracción hacia ese punto del cielo entre Hydra y Argo había remitido, pero otra de fuerza aún mayor había tomado su lugar. Ahora sentía que tenía que ir al norte, infinitamente al norte.

No se atrevía a cruzar el puente que daba una vista de la isla desolada del Miskatonic, así que fue por el puente de Peabody Avenue. A menudo tropezaba, pues sus ojos y sus oídos estaban encadenados a un punto extremadamente elevado en el vacío cielo azul.

Al cabo de aproximadamente una hora logró dominar mejor la situación y se dio cuenta de que estaba lejos de la ciudad. A su alrededor se extendía la vacía desolación de las marismas salinas, mientras el angosto camino que seguía conducía a Innsmouth, esa antigua ciudad medio desierta que las gentes de Arkham se mostraban tan curiosamente reacias a visitar. Aunque la atracción hacia el norte no había disminuido, la resistió como había resistido la otra, y al fin se encontró con que podía equilibrar casi la una con la otra. Regresando a pie a la ciudad y tomando café en una fuente de sodas, se arrastró hasta la biblioteca pública y hojeó sin rumbo las revistas más ligeras. En un momento encontró a unos amigos que comentaron lo extrañamente bronceado que parecía, pero no les habló de su caminata. A las tres tomó algo de comer en un restaurante, observando entre tanto que la atracción había disminuido o se había dividido. Después mató el tiempo en un cine barato, viendo la función insulsa una y otra vez sin prestarle ninguna atención.

Hacia las nueve de la noche derivó hacia casa y se deslizó en la antigua casa. Joe Mazurewicz gemía oraciones ininteligibles, y Gilman se apresuró a subir a su propio cuarto del desván sin detenerse a ver si Elwood estaba. Fue cuando encendió la débil luz eléctrica cuando llegó el golpe. De inmediato vio que había algo sobre la mesa que no debería estar allí, y una segunda mirada no dejó lugar a dudas. Tumbada de lado, pues no podía sostenerse en pie por sí sola, estaba la exótica figura con pinchos que en su monstruoso sueño había roto de la fantástica balastrada. No faltaba ningún detalle. El centro acanalado en forma de barril, los delgados brazos radiantes, los nudos en cada extremo y los brazos planos con forma de estrella de mar, ligeramente curvados hacia fuera, que se abrían desde esos nudos, todo estaba allí. A la luz eléctrica el color

parecía ser una especie de gris iridiscente veteado de verde, y Gilman pudo ver, en medio de su horror y perplejidad, que uno de los nudos terminaba en una ruptura irregular que correspondía a su anterior punto de unión a la barandilla del sueño.

Solo su tendencia a un estupor embotado le impidió gritar en voz alta. Esa fusión de sueño y realidad era demasiado para soportarla. Todavía aturdido, agarró la cosa con pinchos y bajó tambaleándose a los aposentos del propietario Dombrowski. Los rezos gimoteantes del supersticioso reparador de telares seguían resonando por los mohosos pasillos, pero Gilman ya no les hacía caso. El propietario estaba en casa y le saludó con agrado. No, nunca había visto esa cosa antes y no sabía nada de ella. Pero su esposa había dicho que encontró una cosa de hojalata curiosa en una de las camas cuando arregló las habitaciones al mediodía, y quizás era esa. Dombrowski la llamó y ella entró meneando sus andares. Sí, esa era la cosa. La había encontrado en la cama del joven señor, en el lado junto a la pared. Le había parecido muy rara, pero claro, el joven señor tenía muchas cosas raras en su cuarto: libros y curiosidades y dibujos y marcas en papel. Ella desde luego no sabía nada de ello.

Así que Gilman volvió a subir en una turbulencia mental, convencido de que o bien seguía soñando o bien su sonambulismo había llegado a extremos increíbles y le había llevado a hacer incursiones en lugares desconocidos. ¿Dónde había conseguido esa cosa extravagante? No recordaba haberla visto en ningún museo de Arkham. En algún lugar debía de haber estado, sin embargo, y la visión de ella al agarrarla en sueños debió de haber causado la extraña imagen onírica de la terraza con balaustrada. Al día siguiente haría algunas indagaciones muy cautelosas, y quizás vería al especialista en nervios.

Entre tanto intentaría llevar la cuenta de su sonambulismo. Al subir las escaleras y cruzar el pasillo del desván espolvoreó un poco de harina que había pedido prestada, con una franca admisión de su propósito, al propietario. Se había parado en la puerta de Elwood de camino, pero encontró todo oscuro dentro. Al entrar en su

habitación dejó la cosa con pinchos sobre la mesa y se tumbó en un agotamiento mental y físico completo sin pararse a desvestirse. Del desván cerrado encima del techo inclinado le pareció oír un tenue rasqueteo y un chapoteo, pero estaba demasiado desorganizado para siquiera reparar en ello. Esa tirantez críptica desde el norte se estaba volviendo muy fuerte de nuevo, aunque ahora parecía venir de un lugar más bajo en el cielo.

En la deslumbrante luz violácea del sueño, la anciana y la cosa peluda de colmillos volvieron con una nitidez mayor que en ninguna ocasión anterior. Esta vez le alcanzaron de verdad, y sintió las marchitas garras de la vieja carcamal aferrándole. Le arrancaron de la cama hacia el espacio vacío, y por un momento oyó un rugido rítmico y vio la amorfa penumbra de los vagos abismos bullendo a su alrededor. Pero ese momento fue muy breve, pues al instante se encontraba en un pequeño espacio sin ventanas, tosco, con vigas y tablones que subían hasta un pico justo encima de su cabeza, y con un curioso suelo inclinado bajo sus pies. Apoyados a nivel sobre ese suelo había bajos estantes llenos de libros de todo grado de antigüedad y desintegración, y en el centro había una mesa y un banco, ambos aparentemente fijados en su sitio. Sobre las tapas de los estantes había pequeños objetos de forma y naturaleza desconocidas, y a la llameante luz violácea Gilman creyó ver un correlato de la imagen con pinchos que le había desconcertado tan horriblemente. A la izquierda el suelo caía de pronto, dejando un hueco triangular negro del que, tras un seco traqueteo de unos segundos, trepó presentemente la odiosa pequeña cosa peluda con los colmillos amarillos y la cara humana barbuda.

La bruja risueña y malvada le seguía sujetando, y al otro lado de la mesa había una figura que nunca había visto antes: un hombre alto y delgado de una coloración negro cadavérico pero sin el menor rasgo negroide, completamente desprovisto tanto de cabello como de barba, y que llevaba como única prenda una túnica informe de alguna tela negra y pesada. Sus pies eran indistinguibles a causa de la mesa y el banco, pero debía de ir calzado, pues se oía un chasquido cada vez que cambiaba de posición. El hombre no

hablaba y no mostraba rastro alguno de expresión en sus rasgos pequeños y regulares. Se limitó a señalar un libro de tamaño prodigioso que reposaba abierto sobre la mesa, mientras la bruja metía una enorme pluma gris en la mano derecha de Gilman. Sobre todo pesaba un sudario de miedo enloquecedoramente intenso, y el clímax se alcanzó cuando la cosa peluda trepó por la ropa del soñador hasta sus hombros y luego bajó por su brazo izquierdo, mordiéndole al final con fuerza en la muñeca, justo por debajo del puño. Al brotar la sangre de esa herida, Gilman se desvaneció.

Se despertó la mañana del veintidós con un dolor en la muñeca izquierda y vio que el puño estaba pardo de sangre seca. Sus recuerdos eran muy confusos, pero la escena con el hombre negro en el espacio desconocido destacaba con viveza. Las ratas debían de haberle mordido mientras dormía, dando lugar al clímax de ese sueño espantoso. Al abrir la puerta, vio que la harina del suelo del pasillo estaba sin alterar, salvo por las enormes huellas del individuo patoso que se alojaba en el otro extremo del desván. Así que esta vez no había estado sonámbulo. Pero habría que hacer algo con esas ratas. Hablaría de ellas con el propietario. Volvió a intentar tapar el agujero en la base de la pared inclinada, introduciéndolo un candelabro que parecía del tamaño adecuado. Los oídos le zumbaban horriblemente, como con los ecos residuales de algún ruido horrible escuchado en sueños.

Al lavarse y mudarse de ropa intentó recordar qué había soñado después de la escena en el espacio iluminado de violeta, pero nada concreto se cristalizaba en su mente. Esa escena en sí debía de corresponder al desván sellado de arriba, que había empezado a atacar su imaginación con tanta violencia, pero las impresiones posteriores eran tenues y borrosas. Había sugerencias de los vagos abismos crepusculares, y de abismos aún más vastos y más negros más allá de ellos, abismos en los que faltaban todas las sugerencias fijas. Había sido llevado allí por el racimo de burbujas y el pequeño poliedro que siempre le seguían, pero ellos, como él mismo, se habían convertido en jirones de niebla en ese vacío más lejano de la negrura última. Algo más había ido por delante, una voluta mayor

que de vez en cuando se condensaba en aproximaciones innombrables de forma, y le parecía que su avance no había sido en línea recta sino a lo largo de las curvas y espirales ajenas de algún vórtice etéreo que obedecía leyes desconocidas para la física y las matemáticas de cualquier cosmos concebible. Al final había habido un indicio de sombras vastas y ondulantes, de un pulso monstruoso y semiacústico, y del toque delgado y monótono de una flauta invisible, pero eso era todo. Gilman decidió que había recogido esa última concepción de lo que había leído en el Necronomicón sobre la entidad sin mente Azathoth, que gobierna todo el tiempo y el espacio desde un trono negro en el centro del Caos.

Una vez lavada la sangre, la herida de la muñeca resultó ser muy leve, y Gilman se preguntó por la situación de las dos pequeñas perforaciones. Se le ocurrió que no había sangre en la ropa de cama donde había yacido, lo cual era muy curioso dada la cantidad en su piel y en el puño. ¿Había estado caminando dormido dentro de su habitación, y le había mordido la rata mientras estaba sentado en alguna silla o detenido en alguna postura menos racional? Miró en cada rincón en busca de gotas o manchas parduscas, pero no encontró ninguna. Sería mejor, pensó, esparcir harina también dentro de la habitación además de fuera de la puerta, aunque al fin y al cabo no hacía falta ninguna prueba adicional de su sonambulismo. Sabía que caminaba dormido y lo que había que hacer ahora era impedirlo. Tendría que pedir ayuda a Frank Elwood. Esa mañana las extrañas tracciones desde el espacio parecían haber menguado, aunque habían sido reemplazadas por otra sensación aún más inexplicable. Era un impulso vago e insistente de huir de su situación presente, pero que no insinuaba ni por asomo la dirección específica en que quería huir. Cuando cogió la extraña imagen con pinchos de la mesa le pareció que la atracción más antigua hacia el norte se hacía un poco más fuerte, pero incluso así estaba completamente dominada por el impulso nuevo y más desconcertante.

Llevó la imagen con pinchos a la habitación de Elwood, armándose de valor contra los gemidos del reparador de telares que subían

desde la planta baja. Elwood estaba dentro, gracias a Dios, y parecía estarse moviendo. Había tiempo para una pequeña conversación antes de ir a desayunar y a la universidad, así que Gilman se apresuró a exponer un recuento de sus sueños y miedos recientes. Su anfitrión fue muy comprensivo y estuvo de acuerdo en que había que hacer algo. Le chocó el aspecto demacrado y ojeroso de su huésped y reparó en el extraño y anormal bronceado que otros habían comentado durante la semana pasada.

Sin embargo, no había mucho que pudiera decir. No había visto a Gilman en ninguna expedición sonámbula y no tenía ni idea de qué podría ser la curiosa imagen. Había escuchado, no obstante, al francocanadiense que se alojaba justo debajo de Gilman hablando con Mazurewicz una tarde. Se contaban el uno al otro lo mucho que temían la llegada de la Noche de Walpurgis, ya a pocos días de distancia, e intercambiaban comentarios compasivos sobre el pobre y desgraciado joven señor. Desrochers, el individuo de debajo de la habitación de Gilman, había hablado de pasos nocturnos calzados y descalzos, y de la luz violácea que vio una noche cuando se había subido sigilosamente a mirar por el ojo de la cerradura de la puerta de Gilman. No se había atrevido a mirar, contó a Mazurewicz, después de haber vislumbrado esa luz por las grietas alrededor de la puerta. También había habido una conversación en voz baja, y cuando empezó a describirla, su voz se había ido apagando hasta convertirse en un susurro inaudible.

Elwood no podía imaginar qué había puesto a cotillear a esas criaturas supersticiosas, pero supuso que su imaginación se había excitado por las noches en vela de Gilman y por su caminar y hablar dormido, por un lado, y por la proximidad de la Víspera de Mayo, temida por tradición, por el otro. Que Gilman hablara dormido era evidente, y era obviamente de las escuchas de Desrochers en el ojo de la cerradura de donde había surgido la ilusoria noción de la luz violácea del sueño. Esa gente sencilla se prestaba con rapidez a imaginar que había visto cualquier cosa extraña que hubieran oído contar. En cuanto a un plan de acción: Gilman haría bien en bajar a la habitación de Elwood y evitar dormir solo. Elwood, si estaba

despierto, le despertaría siempre que empezara a hablar o a levantarse dormido. Muy pronto también tendría que ver al especialista. Mientras tanto llevarían la imagen con pinchos por los distintos museos y a ciertos profesores, intentando identificarla y diciendo que se había encontrado en un cubo de basura público. Además, Dombrowski tendría que ocuparse de envenenar a esas ratas en las paredes.

Animado por la compañía de Elwood, Gilman asistió a clases ese día. Extraños impulsos seguían acosándole, pero podía esquivarlos con bastante éxito. Durante una hora libre mostró la extraña imagen a varios profesores, todos los cuales mostraron un intenso interés aunque ninguno pudo arrojar ninguna luz sobre su naturaleza u origen. Esa noche durmió en un sofá que Elwood había pedido al propietario que subiera a la habitación del segundo piso, y por primera vez en semanas estuvo completamente libre de sueños inquietantes. Pero la fiebre seguía persistiendo, y los gemidos del reparador de telares eran una influencia desquiciante.

Durante los días siguientes Gilman disfrutó de una inmunidad casi perfecta de manifestaciones morbosas. Elwood decía que no había mostrado ninguna tendencia a hablar ni levantarse dormido, y entre tanto el propietario estaba poniendo veneno para ratas por todas partes. El único elemento perturbador era la charla entre los supersticiosos extranjeros, cuyas imaginaciones se habían excitado mucho. Mazurewicz siempre intentaba hacerle conseguir un crucifijo y al final le impuso uno que dijo haber sido bendecido por el bueno del padre Iwanicki. Desrochers también tenía algo que decir; de hecho, insistía en que había oído pasos cautelosos en la habitación ahora vacía que había encima de él la primera y la segunda noche de la ausencia de Gilman de ella. Paul Choynski creía haber oído ruidos en los pasillos y en las escaleras por la noche, y afirmaba que alguien había intentado abrir suavemente su puerta, mientras que la señora Dombrowski juraba haber visto a Brown Jenkin por primera vez desde la Festividad de Todos los Santos. Pero semejantes informes ingenuos podían significar muy poco, y Gilman dejó que el

barato crucifijo metálico colgara ocioso de un pomo del tocador de su anfitrión.

Durante tres días Gilman y Elwood recorrieron los museos locales en un esfuerzo por identificar la extraña imagen con pinchos, pero siempre sin éxito. En todas partes, sin embargo, el interés era intenso, pues la total extrañeza de la cosa suponía un tremendo reto para la curiosidad científica. Uno de los pequeños brazos radiantes fue separado y sometido a análisis químico. El profesor Ellery encontró platino, hierro y telurio en la extraña aleación, pero mezclados con estos había al menos tres elementos aparentes más de elevado peso atómico que la química era absolutamente incapaz de clasificar. No solo no correspondían a ningún elemento conocido, sino que ni siquiera encajaban en los lugares vacíos reservados para los elementos probables en el sistema periódico. El misterio sigue sin resolverse hasta el día de hoy, aunque la imagen está expuesta en el museo de la Universidad Miskatonic.

La mañana del veintisiete de abril apareció un nuevo agujero de rata en la habitación donde se alojaba Gilman, pero Dombrowski lo tapó con hojalata durante el día. El veneno no estaba teniendo mucho efecto, pues los rasqueteos y los correteos en las paredes no habían disminuido prácticamente nada.

Elwood volvió tarde esa noche y Gilman le esperó despierto. No quería dormirse en una habitación solo, especialmente desde que creía haber vislumbrado en el crepúsculo vespertino a la repelente anciana cuya imagen se había trasladado de modo tan horrible a sus sueños. Se preguntaba quién era y qué había habido cerca de ella haciendo repiquetear una lata de hojalata en un montón de basura a la boca de un sórdido patio. La vieja carcamal parecía haberle visto y haberle dedicado una mirada maléfica, aunque quizás eso no era más que su imaginación.

Al día siguiente ambos jóvenes se sintieron muy cansados y supieron que dormirían como troncos cuando llegara la noche. Por la tarde discutieron adormilados los estudios matemáticos que habían absorbido a Gilman de forma tan completa y quizás tan dañina, y

especularon sobre el vínculo con la magia antigua y el folclore que parecía tan oscuramente probable. Hablaron de la vieja Keziah Mason, y Elwood convino en que Gilman tenía buenas bases científicas para pensar que pudo haber tropezado con información extraña y significativa. Los cultos ocultos a los que pertenecían esas brujas a menudo guardaban y transmitían sorprendentes secretos de antigüedades más antiguas y olvidadas, y no era en absoluto imposible que Keziah hubiera dominado realmente el arte de pasar a través de las puertas dimensionales. La tradición subraya la inutilidad de las barreras materiales para detener los desplazamientos de una bruja, y ¿quién puede decir qué subyace a los viejos cuentos sobre viajes en escoba por la noche?

Si un estudiante moderno podría llegar alguna vez a adquirir poderes similares solo mediante la investigación matemática era algo que aún estaba por verse. El éxito, añadió Gilman, podría llevar a situaciones peligrosas e impensables, pues ¿quién podría predecir las condiciones que reinan en una dimensión adyacente pero normalmente inaccesible? Por otro lado, las posibilidades pintorescas eran enormes. El tiempo podría no existir en ciertos cinturones del espacio, y entrando y permaneciendo en tal cinturón podría uno preservar la vida y la juventud indefinidamente, sin sufrir ningún metabolismo ni deterioro orgánico excepto en pequeñas cantidades que se incurrirían durante las visitas al propio plano o a planos similares. Uno podría, por ejemplo, entrar en una dimensión atemporal y emerger en algún período remoto de la historia de la Tierra tan joven como antes.

Si alguien había llegado alguna vez a hacer esto, era difícil conjeturarlo con ningún grado de autoridad. Las leyendas antiguas son imprecisas y ambiguas, y en los tiempos históricos todos los intentos de cruzar las brechas prohibidas parecen complicados por alianzas extrañas y terribles con seres y mensajeros del exterior. Estaba la inmemorial figura del delegado o mensajero de poderes ocultos y terribles, el «Hombre Negro» del culto de las brujas, y el «Nyarlatheotep» del Necronomicón. También estaba el desconcertante problema de los mensajeros o intermediarios

menores, los cuasianimales y los extraños híbridos que la leyenda describe como los familiares de las brujas. Cuando Gilman y Elwood se retiraron, demasiado somnolientos para seguir argumentando, oyeron que Joe Mazurewicz entraba a la casa medio borracho y se estremecieron ante la desesperada fiereza de sus oraciones gimoteantes.

Esa noche Gilman vio de nuevo la luz violácea. En su sueño había oído un rasqueteo y un roer en los tabiques, y le pareció que alguien torpemente intentaba abrir el pestillo. Luego vio a la anciana y a la pequeña cosa peluda avanzando hacia él sobre el suelo enmoquetado. La cara de la bruja resplandecía de exaltación inhumana, y la pequeña cosa de dientes amarillos y morbosa se reía burlonamente señalando la forma profundamente dormida de Elwood en el otro sofá al otro lado de la habitación. Una parálisis de terror sofocó todos los intentos de gritar. Como en otra ocasión anterior, la horrible carcamal agarró a Gilman por los hombros, arrancándole de la cama hacia el espacio vacío. De nuevo pasó ante él el infinito de los abismos chillantes, pero en otro segundo le pareció estar en un callejón oscuro, fangoso y desconocido, de olores hediondos, con las paredes podridas de casas antiguas alzándose por todas partes.

Ante él estaba el hombre negro con túnica que había visto en el espacio con techo en punta en el otro sueño, mientras que a menor distancia la anciana le hacía señas y gestos con mando imperioso. Brown Jenkin se restregaba con una especie de afectuosa coquetería alrededor de los tobillos del hombre negro, que el barro espeso ocultaba en buena parte. Había una puerta oscura y abierta a la derecha, hacia la que el hombre negro señalaba en silencio. Por ella se metió la vieja de aspecto risueño y maligno, arrastrando a Gilman de las mangas del pijama. Había escaleras de olor nauseabundo que crujían de modo inquietante y en las que la anciana parecía irradiar una tenue luz violácea, y finalmente una puerta que daba a un rellano. La vieja carcamal toqueteó el pestillo y empujó la puerta abriéndola, indicando a Gilman que esperara, y desapareció en la negra abertura.

Los oídos demasiado sensibles del joven captaron un grito horrible y ahogado, y presently la bruja salió de la habitación portando una pequeña forma sin sentido que empujó al soñador como si le ordenara llevarla. La visión de esa forma y la expresión de su cara rompieron el hechizo. Todavía demasiado aturdido para gritar, se lanzó imprudentemente escaleras abajo por la pestilente escalera y salió al barro, deteniéndose solo cuando el hombre negro que le esperaba le agarró y estranguló. Al perder el conocimiento oyó el tenue y agudo risoteo de la monstruosidad parecida a una rata y con colmillos.

La mañana del veintinueve Gilman se despertó en un torbellino de horror. En el momento de abrir los ojos supo que algo iba terriblemente mal, pues estaba de vuelta en su vieja habitación del desván con la pared y el techo inclinados, despatarrado en la cama ahora deshecha. Le dolía la garganta inexplicablemente, y al incorporarse con dificultad vio con espanto creciente que sus pies y las perneras del pijama estaban pardos de barro seco. Por un momento sus recuerdos eran desesperadamente confusos, pero sabía al menos que debía de haber estado sonámbulo. Elwood había estado demasiado profundamente dormido para escucharle y detenerle. En el suelo había huellas de barro confusas, pero curiosamente no se extendían del todo hasta la puerta. Cuanto más las miraba Gilman, más peculiares le parecían, pues además de las que reconocía como suyas había algunas marcas más pequeñas y casi redondas, como las que podrían dejar las patas de una silla o una mesa grande, excepto que la mayoría de ellas tendían a estar divididas en mitades. También había algunas curiosas huellas de rata en el barro que salían de un agujero nuevo y volvían a entrar en él. Un desconcertamiento total y el miedo a la locura atormentaron a Gilman mientras se arrastraba hasta la puerta y veía que no había huellas de barro fuera. Cuanto más recordaba de su horrible sueño, más aterrorizado se sentía, y añadía a su desesperación oír a Joe Mazurewicz entonando lúgubramente dos pisos más abajo.

Al bajar a la habitación de Elwood despertó a su anfitrión, que seguía durmiendo, y empezó a contarle cómo se había encontrado,

pero Elwood no podía hacerse ninguna idea de lo que pudiera haber ocurrido realmente. Adónde podía haber ido Gilman, cómo había regresado a su habitación sin dejar huellas en el pasillo, y cómo habían llegado las huellas de barro parecidas a las de muebles a mezclarse con las suyas en la habitación del desván estaba completamente más allá de cualquier conjetura. Luego estaban esas marcas oscuras y amoratadas en la garganta, como si hubiera intentado estrangularse. Se llevó las manos a ellas, pero comprobó que no encajaban ni siquiera aproximadamente. Mientras hablaban, Desrochers entró a decir que había oído un repiqueteo terrible arriba en las pequeñas horas de la oscuridad. No, no había habido nadie en las escaleras después de la medianoche, aunque justo antes de la medianoche había oído tenues pasos en el desván y cautelosos pasos que bajaban y que no le gustaban nada. Era, añadió, una época muy mala del año para Arkham. El joven señor debería asegurarse de llevar el crucifijo que le había dado Joe Mazurewicz. Incluso el día no era seguro, pues después del alba había habido ruidos extraños en la casa, especialmente un delgado y lastimero llanto infantil bruscamente cortado.

Gilman fue mecánicamente a clases esa mañana, pero fue completamente incapaz de concentrar la mente en sus estudios. Se había apoderado de él un estado de aprensión e intranquilidad horrible, y parecía estar aguardando la caída de algún golpe aniquilador. Al mediodía comió en la cafetería de la Universidad, cogiendo un periódico del asiento de al lado mientras esperaba el postre. Pero nunca tomó ese postre, pues un artículo en la primera página del periódico le dejó sin fuerzas, con los ojos desorbitados y capaz solo de pagar y tambalearse hasta la habitación de Elwood.

La noche anterior había habido un extraño rapto en el callejón de Orne, y el hijo de dos años de una obrera lavandera de espíritu apagado llamada Anastasia Wolejko había desaparecido sin dejar rastro. La madre, al parecer, había temido el suceso desde hacía algún tiempo, pero las razones que alegaba para su miedo eran tan grotescas que nadie las tomaba en serio. Había visto, decía, a Brown Jenkin por los alrededores de vez en cuando desde principios de

marzo, y sabía por sus muecas y risoteos que el pequeño Ladislav debía de estar marcado para el sacrificio en el terrible Sabbat de la Noche de Walpurgis. Había pedido a su vecina Mary Czanek que durmiera en la habitación e intentara proteger al niño, pero Mary no se había atrevido. No podía decírselo a la policía, pues nunca creía esas cosas. Cada año desaparecían niños de esa manera desde que ella podía recordar. Y su amigo Pete Stowacki no ayudaría porque quería que el niño desapareciera.

Pero lo que lanzó a Gilman a un sudor frío fue el relato de un par de jueguistas que habían estado pasando junto a la boca del callejón justo después de la medianoche. Admitían que habían estado borrachos, pero los dos juraban haber visto a un trío vestido de manera estrafalaria que entraba furtivamente en el oscuro pasaje. Había, decían, un enorme negro con túnica, una viejecita en harapos y un joven blanco en ropa de noche. La anciana arrastraba al joven, mientras que alrededor de los pies del negro una rata domesticada se restregaba y se retorció en el barro pardo.

Gilman estuvo todo el día como aturdido, y Elwood, que entre tanto había visto los periódicos y había sacado de ellos conjeturas terribles, le encontró así cuando llegó a casa. Esta vez ninguno de los dos podía dudar de que algo horriblemente grave se estaba cerrando alrededor de ellos. Entre los fantasmas de la pesadilla y las realidades del mundo objetivo se estaba cristalizando una relación monstruosa e impensable, y solo una vigilancia estupenda podía evitar desarrollos aún más terribles. Gilman tendría que ver a un especialista tarde o temprano, pero no ahora, cuando todos los periódicos estaban llenos del asunto del rapto.

Qué había ocurrido en realidad era enloquecedoramente oscuro, y por un momento tanto Gilman como Elwood intercambiaron en susurros teorías de la índole más disparatada. ¿Había Gilman tenido un éxito inconsciente mayor del que sabía en sus estudios del espacio y sus dimensiones? ¿Había salido realmente fuera de nuestra esfera hasta puntos inadivinados e inimaginables? ¿Dónde había estado, si es que había estado en algún lugar, en esas noches de

enajenación demoníaca? Los abismos crepusculares rugientes, la ladera verde, la terraza abrasadora, las tracciones desde las estrellas, el vórtice negro último, el hombre negro, el callejón lodoso y la escalera, la vieja bruja y el horror peludo con colmillos, el racimo de burbujas y el pequeño poliedro, el extraño bronceado, la herida en la muñeca, la imagen inexplicada, los pies enlodados, las marcas en la garganta, los relatos y temores de los supersticiosos extranjeros... ¿qué significaba todo aquello? ¿Hasta qué punto podían aplicarse las leyes de la cordura a un caso semejante?

Ninguno de los dos durmió esa noche, pero al día siguiente ambos faltaron a clases y dormitaron. Era el treinta de abril, y con el crepúsculo llegaría la infernal hora del Sabbat que todos los extranjeros y la gente vieja y supersticiosa temían. Mazurewicz llegó a casa a las seis y dijo que la gente en la fábrica susurraba que los festejos de Walpurgis se celebrarían en el oscuro barranco más allá de Meadow Hill, donde la vieja piedra blanca está en un lugar extrañamente desprovisto de toda vida vegetal. Algunos habían incluso avisado a la policía y les habían aconsejado que buscaran allí al niño Wolejko desaparecido, pero no creían que fuera a hacerse nada. Joe insistió en que el pobre joven señor se pusiera el crucifijo con cadena de níquel, y Gilman se lo puso y lo metió dentro de la camisa para complacer al hombre.

A altas horas de la noche los dos jóvenes estaban sentados adormilados en sus sillas, arrullados por las oraciones del reparador de telares en el piso de abajo. Gilman escuchaba mientras cabeceaba, con sus oídos sobrenaturalmente aguzados que parecían esforzarse por captar algún murmullo sutil y temido más allá de los ruidos de la casa antigua. Recuerdos malsanos de cosas del Necronomicón y el Libro Negro afloraron, y se encontró balanceándose al ritmo de cantos infandos que según se decía pertenecían a las ceremonias más negras del Sabbat y tenían un origen fuera del tiempo y el espacio que comprendemos.

De pronto se dio cuenta de lo que estaba escuchando: el canto infernal de ritmo ajeno de los celebrantes en el lejano valle negro.

¿Cómo sabía tanto sobre lo que esperaban? ¿Cómo sabía la hora en que Nahab y su acólita debían traer el cuenco rebosante que seguiría al gallo negro y al cabrón negro? Vio que Elwood se había quedado dormido e intentó gritar y despertarlo. Algo, sin embargo, le cerró la garganta. No era dueño de sí mismo. ¿Había firmado al fin el libro del hombre negro?

Entonces sus oídos febriles y anormales captaron las notas lejanas traídas por el viento. Llegaban a través de kilómetros de colinas y campos y callejuelas, pero las reconoció. Las hogueras debían de estar encendidas y los danzantes debían de haber comenzado. ¿Cómo podía mantenerse sin ir? ¿Qué era lo que le había enredado? Las matemáticas, el folclore, la casa, la vieja Keziah, Brown Jenkin... y ahora veía que había un nuevo agujero de rata en la pared junto a su sofá. Por encima del lejano canto y el más cercano rezo de Joe Mazurewicz llegó otro sonido: un rasqueteo sigiloso y pertinaz en los tabiques. Esperaba que las luces eléctricas no se apagaran. Entonces vio la pequeña cara barbuda con colmillos en el agujero de rata, la maldita carita que al fin comprendía que guardaba un parecido tan chocante y burlón con la de la vieja Keziah, y oyó el tenue toqueteo en la puerta.

Los abismos crepusculares chillantes surgieron ante él y se sintió indefenso en el apresamiento informe del racimo de burbujas iridiscente. Ante él corrió el pequeño poliedro caleidoscópico y por todo el vacío en ebullición hubo una intensificación y aceleración del vago patrón tonal que parecía presagiar algún clímax indecible e insoportable. Parecía saber lo que se acercaba: el estallido monstruoso del ritmo de Walpurgis en cuyo timbre cósmico se concentraría toda la efervescencia primordial y última del espacio-tiempo que yace detrás de las esferas amontonadas de materia y que a veces irrumpe en reverberaciones rítmicas que penetran tenuemente en cada capa de la existencia y dan un significado horrible en todos los mundos a ciertos períodos temidos.

Pero todo eso se desvaneció en un segundo. Estaba de nuevo en el pequeño espacio iluminado de violeta y con el techo en punta,

con el suelo inclinado, las bajas estanterías de libros antiguos, el banco y la mesa, los objetos raros y el abismo triangular a un lado. Sobre la mesa yacía una pequeña figura blanca: un niño varón, desnudo e inconsciente, mientras al otro lado estaba la monstruosa y risueña anciana con un cuchillo de aspecto grotesco y mango extravagante en la mano derecha y un cuenco de pálido metal de proporciones curiosas, cubierto de elaborados diseños cincelados y con delicados asideros laterales, en la izquierda. Entonaba algún rito graznante en una lengua que Gilman no podía entender, pero que sonaba como algo citado con cautela en el Necronomicón.

A medida que la escena se aclaraba vio a la anciana carcamal inclinarse hacia delante y extender el cuenco vacío a través de la mesa, y, sin poder controlar sus propias emociones, se inclinó a su vez hacia delante y lo tomó con ambas manos, advirtiéndolo al hacerlo su relativa ligereza. En ese mismo momento la repugnante forma de Brown Jenkin trepó por el borde del abismo triangular negro a su izquierda. La vieja bruja le indicó ahora que sostuviera el cuenco en cierta posición mientras alzaba el enorme y grotesco cuchillo por encima de la pequeña víctima blanca hasta donde su mano derecha podía alcanzar. La cosa peluda con colmillos empezó a reírse entonando una continuación del rito desconocido, mientras la bruja graznaba respuestas aborrecibles. Gilman sintió una repugnancia aguda y angustiosa dispararse a través de su parálisis mental y emocional, y el cuenco de metal ligero tembló en sus manos. Un segundo después el movimiento descendente del cuchillo rompió el hechizo por completo, y soltó el cuenco con un estrépito resonante como de campana mientras sus manos se lanzaban frenéticamente a detener el acto monstruoso.

En un instante había subido el suelo inclinado rodeando el extremo de la mesa y había arrancado el cuchillo de las garras de la anciana, lanzándolo repiqueteando por el borde del estrecho abismo triangular. En otro instante, sin embargo, la situación se había invertido: esas garras homicidas se habían cerrado con fuerza alrededor de su propia garganta, mientras la cara arrugada se retorció con furia demente. Notó la cadena del barato crucifijo

clavándose en el cuello, y en su peligro se preguntó qué efecto tendría en la malvada criatura la visión del objeto mismo. La fuerza de ella era del todo sobrehumana, pero mientras seguía estrangulándole buscó débilmente dentro de la camisa y sacó el símbolo de metal, arrancando la cadena y liberándolo.

Al ver el objeto, la bruja pareció presa del pánico, y su presa se relajó el tiempo suficiente para que Gilman pudiera romperla del todo. Le arrancó las garras de acero del cuello y habría arrastrado a la vieja carcamal por el borde del abismo de no haber recibido las garras un nuevo acceso de fuerza que volvieron a cerrarse. Esta vez decidió responder con la misma moneda, y sus propias manos se extendieron hacia la garganta de la criatura. Antes de que ella viera lo que hacía tenía la cadena del crucifijo enrollada alrededor de su cuello, y un momento después la había apretado lo suficiente para cortarle el aliento. Durante su última lucha sintió que algo le mordía en el tobillo y vio que Brown Jenkin había acudido en su auxilio. De una patada salvaje lanzó a la monstruosidad por el borde del abismo y la oyó gimotear en algún nivel muy por debajo.

Si había matado a la anciana carcamal no lo sabía, pero la dejó descansar en el suelo donde había caído. Luego, al volverse, vio sobre la mesa un espectáculo que casi cortó el último hilo de su razón. Brown Jenkin, tenaz de nervios y con cuatro diminutas manos de destreza demoníaca, había estado ocupado mientras la bruja le estrangulaba, y sus esfuerzos habían sido en vano. Lo que él había impedido que hiciera el cuchillo en el pecho de la víctima, los colmillos amarillos de la blasfemia peluda lo habían hecho en una muñeca, y el cuenco que poco antes estaba en el suelo estaba lleno junto al pequeño cuerpo sin vida.

En su delirio de sueño Gilman oyó el canto infernal de ritmo ajeno del Sabbat llegando de una distancia infinita y supo que el hombre negro debía de estar allí. Recuerdos confusos se mezclaban con sus matemáticas, y creía que su mente subconsciente guardaba los ángulos que necesitaba para guiarle de regreso al mundo normal, solo y sin ayuda, por primera vez. Estaba seguro de que se

encontraba en el desván inmemorial y sellado encima de su propia habitación, pero dudaba mucho de que pudiera escapar alguna vez a través del suelo inclinado o la salida que llevaba tanto tiempo cerrada. Además, ¿no le llevaría un escape de un desván soñado simplemente a una casa soñada, una proyección anormal del lugar real que buscaba? Estaba completamente desorientado en cuanto a la relación entre el sueño y la realidad en todas sus experiencias.

El paso a través de los vagos abismos sería espantoso, pues el ritmo de Walpurgis estaría vibrando, y al final tendría que escuchar ese latido cósmico hasta ahora velado que tan mortalmente temía. Incluso ahora podía detectar un bajo y monstruoso temblor cuyo ritmo sospechaba demasiado bien. En la hora del Sabbat siempre crecía y llegaba hasta los mundos para convocar al iniciado a ritos innombrables. La mitad de los cantos del Sabbat seguían el patrón de ese pulso tenuemente escuchado que ningún oído terrenal podía soportar en toda su plenitud espacial al descubierto. Gilman se preguntó también si podía fiarse de sus instintos para devolverle a la parte correcta del espacio. ¿Cómo podía estar seguro de que no aterrizaría en esa ladera verde de un planeta lejano, en la terraza de mosaicos sobre la ciudad de monstruos tentaculados en algún lugar más allá de la galaxia, o en los vórtices espirales negros de ese vacío último del Caos donde reina el demoníaco sultán sin mente Azathoth?

Justo antes de dar el salto, la luz violácea se apagó y le dejó en una oscuridad total. La bruja, la vieja Keziah, Nahab: eso debía de haber significado su muerte. Y mezclado con el lejano canto del Sabbat y los gemidos de Brown Jenkin en el abismo de abajo creyó oír otro gemido más salvaje de profundidades desconocidas. Joe Mazurewicz, las oraciones contra el Caos Reptante que se convertían ahora en un grito inexplicablemente triunfal, mundos de realidad sardónica chocando contra vórtices de sueño febril... ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra con Mil Crías...!

Encontraron a Gilman en el suelo de su vieja habitación del desván de ángulos disparatados mucho antes del alba, pues el

terrible grito había llamado a Desrochers y a Choynski y a Dombrowski y a Mazurewicz al instante, e incluso había despertado al profundamente dormido Elwood en su silla. Seguía vivo y con los ojos abiertos y fijos, pero parecía en gran medida inconsciente. En el cuello tenía las marcas de unas manos homicidas, y en el tobillo izquierdo una molesta mordedura de rata. Su ropa estaba muy desbaratada y el crucifijo de Joe había desaparecido. Elwood tembló, aterrado de imaginar qué nueva forma había tomado el sonambulismo de su amigo. Mazurewicz parecía medio atontado a causa de una «señal» que dijo haber recibido en respuesta a sus oraciones, y se santiguó frenéticamente cuando el chillido y el gemido de una rata sonaron del otro lado del tabique inclinado.

Cuando se instaló al soñador en el sofá de la habitación de Elwood, llamaron al doctor Malkowski, un médico local que no repetiría nada en casos embarazosos, y él le puso dos inyecciones hipodérmicas que le hicieron relajarse en algo parecido a un sueño natural. Durante el día el paciente recobraba el conocimiento a ratos y susurraba disjuntamente su sueño más reciente a Elwood. Era un proceso doloroso que desde el principio sacó a la luz un hecho fresco y desconcertante.

Gilman, cuyos oídos habían poseído tan recientemente una sensibilidad anormal, estaba ahora sordo como una tapia. El doctor Malkowski, convocado de nuevo con urgencia, le dijo a Elwood que ambos tímpanos estaban rotos, como por el impacto de algún sonido estupendo, de una intensidad más allá de toda concepción o resistencia humana. Cómo podía haberse oído semejante sonido en las últimas horas sin despertar a todo el valle del Miskatonic era algo que superaba la capacidad del honrado médico para explicarlo.

Elwood escribía su parte del diálogo en papel, de modo que se mantenía una comunicación bastante fluida. Ninguno de los dos sabía qué hacer con todo ese caótico asunto y acordaron que sería mejor pensar en él lo menos posible. Ambos, sin embargo, convinieron en que tenían que abandonar esa antigua y maldita casa en cuanto pudiera arreglarse. Los periódicos de la tarde hablaban de

una redada policial sobre unos curiosos juerguistas en un barranco más allá de Meadow Hill justo antes del alba, y mencionaban que la piedra blanca de allí era objeto de una veneración supersticiosa inmemorial. No habían capturado a nadie, pero entre los fugitivos que huían despavoridos habían entrevisto a un enorme negro. En otra columna se indicaba que no se había encontrado ningún rastro del niño desaparecido Ladislav Wolejko.

El horror culminante llegó esa misma noche. Elwood nunca lo olvidará y se vio obligado a ausentarse de la universidad el resto del trimestre a causa del colapso nervioso resultante. Había creído oír ratas en los tabiques toda la tarde, pero no les había prestado mucha atención. Luego, mucho después de que tanto él como Gilman se hubieran retirado, comenzó el atroz chillido. Elwood saltó, encendió las luces y se precipitó al sofá de su huésped. El ocupante emitía sonidos de una naturaleza verdaderamente inhumana, como si fuera torturado por algún tormento más allá de toda descripción. Se retorció bajo la ropa de cama, y una gran mancha empezaba a aparecer en las mantas.

Elwood apenas se atrevía a tocarle, pero gradualmente los gritos y los retorcimientos cedieron. Para entonces Dombrowski, Choynski, Desrochers, Mazurewicz y el inquilino del último piso se agolpaban todos en el umbral, y el propietario había mandado a su esposa a llamar por teléfono al doctor Malkowski. Todos chillaron cuando una gran forma parecida a una rata saltó de pronto de debajo de la ensangrentada ropa de cama y cruzó el suelo corriendo hacia un agujero nuevo y abierto cercano. Cuando el médico llegó y empezó a apartar esas espantosas coberturas, Walter Gilman estaba muerto.

Sería bárbaro hacer algo más que insinuar qué había matado a Gilman. Prácticamente había un túnel a través de su cuerpo: algo le había devorado el corazón. Dombrowski, frenético ante el fracaso de sus esfuerzos con el veneno para ratas, dejó de lado todo pensamiento en su contrato de arrendamiento y en menos de una semana se había mudado con todos sus inquilinos más antiguos a una casa lúgubre pero menos antigua en Walnut Street. Lo peor

durante algún tiempo fue mantener a Joe Mazurewicz en calma, pues el taciturno reparador de telares nunca se mantenía sobrio y gemía y murmuraba sin cesar sobre cosas espectrales y terribles.

Al parecer, en esa última y horrible noche Joe se había agachado a mirar las huellas de rata color carmesí que conducían desde el sofá de Gilman hasta el cercano agujero. Sobre la moqueta eran muy poco nítidas, pero entre el borde de la moqueta y el rodapié había un trozo de suelo al descubierto. Allí Mazurewicz había encontrado algo monstruoso, o eso creía, pues nadie más podía estar del todo de acuerdo con él pese a la indudable rareza de las huellas. Las huellas en el suelo eran ciertamente muy distintas de las marcas habituales de una rata, pero ni siquiera Choynski y Desrochers admitirían que se parecían a las huellas de cuatro diminutas manos humanas.

La casa no volvió a alquilarse nunca más. En cuanto Dombrowski la dejó, empezó a descender sobre ella el manto de su desolación final, pues la gente la esquivaba tanto por su vieja reputación como por el nuevo olor fétido. Quizás el veneno para ratas del ex propietario había surtido efecto al fin, pues no mucho después de su partida el lugar se convirtió en una molestia para el vecindario. Los inspectores sanitarios localizaron el olor en los espacios cerrados situados encima y al lado de la habitación del desván oriental, y concluyeron que el número de ratas muertas debía de ser enorme. Decidieron, sin embargo, que no valía la pena abrir y desinfectar los espacios sellados desde hacía mucho tiempo, pues el hedor cesaría pronto y la zona no era de las que fomentaban estándares exigentes. De hecho, siempre había habido vaguos rumores locales sobre hedores inexplicables en el piso de arriba de la Casa de la Bruja justo después de la Víspera de Mayo y la Festividad de Todos los Santos. Los vecinos aceptaron la inercia, pero el hedor no por ello dejaba de ser un cargo adicional contra el lugar. Hacia el final la casa fue declarada inhabitable por el inspector de edificios.

Los sueños de Gilman y sus circunstancias acompañantes nunca han sido explicados. Elwood, cuyos pensamientos sobre todo el

episodio son a veces casi enloquecedores, volvió a la universidad el otoño siguiente y se graduó en el junio siguiente. Encontró los rumores espectrales de la ciudad muy disminuidos, y es de hecho un hecho que, no obstante ciertos informes de un fantasmal risoteo en la casa deshabitada que duró casi tanto como el propio edificio, no se ha vuelto a murmurar de ninguna nueva aparición ni de la vieja Keziah ni de Brown Jenkin desde la muerte de Gilman. Es bastante afortunado que Elwood no estuviera en Arkham en aquel año posterior en que ciertos sucesos renovaron abruptamente los susurros locales sobre los horrores antiguos. Claro que se enteró del asunto después y sufrió tormentos indecibles de especulación negra y desconcertada; pero incluso eso no fue tan malo como habría sido la proximidad real y las posibles visiones.

En marzo de 1931, un temporal destruyó el tejado y la gran chimenea de la Casa de la Bruja deshabitada, de modo que un caos de ladrillos derrumbados, tejas ennegrecidas y cubiertas de musgo, y tablones y vigas podridos cayó en el desván y atravesó el suelo de abajo. Todo el piso del ático quedó atestado de escombros venidos de arriba, pero nadie se molestó en tocar el desorden antes del inevitable derribo de la decrepita estructura. Ese paso final llegó en el diciembre siguiente, y fue cuando se estaba vaciando la vieja habitación de Gilman por reticentes e inquietos obreros cuando comenzaron los rumores.

Entre los escombros que habían caído a través del antiguo techo inclinado había varias cosas que hicieron detenerse a los obreros y llamar a la policía. Luego la policía llamó a su vez al forense y a varios profesores de la universidad. Había huesos, muy aplastados y astillados pero claramente reconocibles como humanos, cuya fecha manifiestamente moderna estaba en desconcertante conflicto con el período remoto en que su único posible escondite, el desván bajo con el suelo inclinado situado arriba, había estado supuestamente sellado a todo acceso humano. El médico forense dictaminó que algunos pertenecían a un niño pequeño, mientras que otros, encontrados mezclados con jirones de tela parda y podrida, pertenecían a una mujer bastante menuda, encorvada y de edad

avanzada. El cuidadoso tamizado de los escombros también puso al descubierto numerosos huesecillos de ratas atrapadas en el derrumbe, así como huesos de rata más antiguos roídos por pequeños colmillos de una manera que de vez en cuando era altamente productora de controversia y reflexión.

Otros objetos encontrados incluían los fragmentos mutilados de muchos libros y papeles, junto con un polvo amarillento dejado por la desintegración total de libros y papeles aún más antiguos. Todos, sin excepción, parecían tratar de magia negra en sus formas más avanzadas y horribles, y la fecha evidentemente reciente de ciertos artículos sigue siendo un misterio tan irresoluto como el de los huesos humanos modernos. Un misterio aún mayor es la absoluta homogeneidad de la escritura apretada y arcaica encontrada en una amplia gama de papeles cuyas condiciones y marcas de agua sugieren diferencias de antigüedad de al menos ciento cincuenta a doscientos años. Para algunos, sin embargo, el mayor misterio de todos es la variedad de objetos completamente inexplicables, objetos cuyas formas, materiales, tipos de artesanía y propósitos desconciertan toda conjetura, encontrados dispersos entre los escombros en estados evidentemente diversos de deterioro. Uno de estos objetos, que excitó profundamente a varios profesores de Miskatonic, es una monstruosidad muy dañada que claramente se parece a la extraña imagen que Gilman entregó al museo de la universidad, salvo que es grande, está trabajada en alguna piedra azulada peculiar en lugar de metal y posee un pedestal de ángulo singular con jeroglíficos indescifrados.

Los arqueólogos y antropólogos siguen intentando explicar los diseños bizarros cincelados en un cuenco aplastado de metal ligero cuyo interior llevaba ominosas manchas parduscas cuando fue encontrado. Los extranjeros y las crédulas abuelas son igualmente locuaces sobre el crucifijo moderno de níquel con cadena rota mezclado en los escombros e identificado con estremecimiento por Joe Mazurewicz como el que él había dado al pobre Gilman muchos años antes. Algunos creen que las ratas arrastraron el crucifijo hasta el desván sellado, mientras que otros piensan que debió de estar en

el suelo en algún rincón de la vieja habitación de Gilman en su momento. Otros más, incluido el propio Joe, tienen teorías demasiado disparatadas y fantásticas para merecer crédito sobrio.

Cuando se derribó la pared inclinada de la habitación de Gilman, el espacio triangular una vez sellado entre ese tabique y la pared norte de la casa fue encontrado con bastante menos escombros estructurales, incluso en proporción a su tamaño, que la habitación en sí, aunque tenía una capa espantosa de materiales más antiguos que paralizó a los obreros de terror. En pocas palabras, el suelo era un verdadero osario de huesos de niños pequeños, algunos bastante modernos pero otros extendiéndose en degradaciones infinitas hasta un período tan remoto que la desintegración era casi completa. Sobre esa profunda capa de huesos descansaba un cuchillo de gran tamaño, antigüedad evidente, y diseño grotesco, ornamentado y exótico, sobre el cual se habían apilado los escombros.

En medio de esos escombros, encajado entre una tabla caída y un grupo de ladrillos cementados de la chimenea en ruinas, había un objeto destinado a causar más perplejidad, velado terror y habladurías abiertamente supersticiosas en Arkham que cualquier otra cosa descubierta en el maldito y execrado edificio.

Ese objeto era el esqueleto parcialmente aplastado de una enorme rata enferma, cuyas anomalías de forma siguen siendo un tema de debate y fuente de singular reticencia entre los miembros del departamento de anatomía comparada de Miskatonic. Muy poco sobre ese esqueleto ha trascendido, pero los obreros que lo encontraron susurran en tono de consternación sobre los largos pelos parduscos con que estaba asociado.

Los huesos de las diminutas patas, se rumorea, implican características prensiles más propias de un diminuto mono que de una rata, mientras que el pequeño cráneo con sus feroces colmillos amarillos es de la mayor anomalía, y desde ciertos ángulos parece una parodia en miniatura y monstruosamente degradada de un cráneo humano. Los obreros se santiguaron de terror al topar con esa blasfemia, pero luego encendieron velas de acción de gracias en

la iglesia de San Estanislao por el agudo y fantasmal risoteo que sentían que nunca volverían a escuchar.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB